

LA MEJOR TINTURA PROGRESIVA

LA FLOR DE ORO

Usando esta privilegiada agua nunca tendréis canas ni seréis calvos. El cabello abundante y hermoso es el mayor atractivo de la mujer.

La Flor de Oro
La Flor de Oro

es la mejor de todas las tinturas para el cabello y la barba; no mancha el cutis ni ensucia la ropa. Esta tintura no contiene nitrato de plata, y con su uso el cabello se conserva siempre fino, brillante y negro. Esta tintura se usa sin necesidad de preparación alguna, ni siquiera debe lavarse el cabello, ni antes ni después de la aplicación, aplicándose con un pequeño cepillo, como si fuese bandolina. Usando esta agua se cura la caspa, se evita la caída del cabello, se suaviza, se aumenta y se perfuma. Es tónica, vigoriza las raíces del cabello y evita todas sus enfermedades. Por eso se usa también como higiénico. conserva el color primitivo del cabello, ya sea negro ó castaño; el color depende de más ó menos aplicaciones. Esta tintura deja el cabello tan hermoso, que no es posible distinguirlo del natural, si su aplicación se hace bien. La aplicación de esta tintura es tan fácil y cómoda, que uno solo se basta; por lo que, si se quiere, la persona más tímida ignora el arteificio. Con el uso de esta agua se curan y evitan las picasas, cesa la caída del cabello y excita su crecimiento, y como el cabello adquiere nuevo vigor, nunca seréis calvos. Esta agua deben usarla todas las personas que deseen conservar el cabello hermoso y la cabeza sana. Es la única tintura que á los cinco minutos de aplicada permite rizarse el cabello y no despidió mal olor; debe usarse como si fuera bandolina.

Las personas de temperamento herpético deben precisamente usar esta agua, si no quieren perjudicar su salud, y lograrán tener la cabeza sana y limpia con sólo una aplicación cada ocho días; y si á la vez desean tener el pelo, hágase lo que dice el prospecto que acompaña á la botella. De venta: principales perfumerías y droguerías de España, y Portugal. En Valencia, al por mayor y menor, Sres. Hijos de Blas Cuesta, plaza del Mercado.



FUERZA VIGOR y JUVENTUD E ELIXIR CALLO

GUSTO AGRADABLE EFECTO RAPIDO. Fórmula Aprobada en 1897 por la REAL ACADEMIA DE MEDICINA para combatir la NEURASTENIA, ANEMIA y DEBILIDAD GENERAL. Acelera Convalecencias. Venta farm., drog., Aumenta el Apetito. Fídense prospectos a Calle-B. Barcelona.

Emplastos Ailcock

Marca Agulla. Para Afecciones Renales. Aplíquense siempre dos (vease el corte), uno sobre cada riñón. Sabemos por experiencia que aplicándolos de esta manera hacen mucho mejor efecto y son muy superiores al llamado emplastro para riñones que es grande y embarazoso. El Emplastro Ailcock es el primitivo y legítimo. Este Emplastro es el remedio universal y se vende en todas las Boticas del mundo civilizado. Alíctelo donde quiera que se sienta dolor.

Quando necesitels una píldora **Píldora Brandreth** (Fund. en 1752). Para Meteorismo, Bilis, Dolor de Cabeza, Desvanecimientos, indigestión, etc. DE VENTA EN LAS BOTICAS DEL MUNDO ENTERO. Agentes en España: J. URIACH & CA., Barcelona.

BUQUES

Vapores combinados Correos de Africa y A. Ferrer Peset y Hermanos. Servicio diario para los puertos de ITALIA. Vapor para CETTE, saldrá trisemanal. Vapor para CETTE y MARSELLA, saldrá los sábados, á las seis de la tarde. Nota.—Los pasajes se expandirán solo hasta medio día. Informar: A. Ferrer Peset y Hermanos, Muelle, 12, Grao.—Teléfono núm. 3.081.

Vapores de los Sres. Ybarra y Compañía, Sociedad en comandita, de Sevilla, con itinerario fijo. Servicio rápido. El vapor CABO BLANCO saldrá el día 22 del actual para Barcelona directo, admitiendo carga y pasajeros. El vapor CABO SACRATIF saldrá el día 22 del actual para Alicante, Málaga, Barcelona, Sevilla, Cádiz, Vigo, Villagarcía, Coruña, Santander y Bilbao, admitiendo carga y pasajeros. Consignatarios en Valencia: Hijos de Nogués, calle de Sorní, 2, entre sruelo derecha, y Grao, Muelle de Poniente, Caró.

Pezoneras Fajarnés

A LAS SEÑORAS EMBARAZADAS. Único y verdadero específico que, usado dos ó tres meses antes del alumbramiento, evita las grietas y tumores en los pechos y forma fácilmente el pezón. Precio: 20 reales caja en toda España. Depósitos: En Valencia, Farmacias de los señores Fabá, San Vicente, junto á San Martín; Costas, Sombrierías, 5, frente á Santa Catalina; Dr. Torres, Mercado, 72; Dr. Quesada, Pintor Sorolla (antes Barcas), 42. También se vende en las principales farmacias de Alicante, Cartagena, Granada, Huesca, Madrid y Zaragoza.

Caruaje industrial

Se vende en muy buen uso.—Razón: Paz, núm. 36, casa Herranz.

Chocolates

Viuda de R. COMOS. Especialidad á la Vainilla. SANTA CATALINA, 16.

Lápidas

Exposición permanente. Especialidad en el mármol negro de Bélgica.—Facundo Bonacasa, Paz, 31, Valencia.

Enferma

Las personas caritativas harán un bien socorriendo á una viuda enferma, que habita en la calle del Santísimo, 5. 1.º Día premiará la voluntad de los donantes. 4.

Sarna

Sin baño, sin peligro y rápidamente, la cura el ANTISARNICO MARTI.—250 ptas. frasco, en la farmacia Gamir, San Fernando, 34, y B. Cuesta, Mercado, 71.

Carbono fraguado

4 85 pesetas tonelada, sobre todo ó domicilio.—Pedidos á: American Stykes, S. A., P.º Queral, 9, teléfono 947.

Carbón Antracita

El mejor para cocinas económicas y cruceros; á 4 pesetas los 100 kilos, sobre todo ó domicilio.—Pedidos á: American Stykes, S. A., P.º Queral, 9, teléfono 947.

Modista

Se necesitan buenas obreras y aprendizas, en la plaza de Santa Catalina, núm. 20, 2.º.

Gramófono

Por cien pesetas se dará un propio para el estudio, con 20 discos—legitimismo, con gran potencia, voz.—Calle del Elice, 11.

Roma á la vista

Descripción general de la ciudad y sus alrededores.—Tres pesetas.—Imprenta Domestica.

JARABE de DIGITAL LABELONVE

EMPLEADO CON EL MEJOR EXITO CONTRA LAS DIVERSAS AFECCIONES del CORAZÓN, HIDROPESIAS, TOSES NERVOsas, BRONQUITIS, ASMA.

Banco Hipotecario de España

Delegación del reino de Valencia. Préstamos al 5 y medio por 100 hipotecados, amortizables de 8 á 50 años, sobre líneas rústicas y urbanas. Delegado: D. Benito Altet, Mar, núm. 22, Valencia.

ANEMIA

Hémoglobina Deschiens. Todos los médicos reconocen que este hierro, vino de la Engrae CURA SIEMPRE. Es muy superior á la que se cruda á los ferruginosos, etc. De salud, fuerza.—P.º

Seguros MUTUOS

Nada han pagado sus asociados desde 1876

El Excmo. Ayuntamiento y la Economía de Amigos del país crearon los SEGUROS MUTUOS. Se admiten seguros en Valencia Camino del Grao y las vecinas poblaciones marítimas. 6.538 casas aseguradas en Valencia, por 165 millones de pesetas. Oficinas: Plaza de la Figuereta, 1.

Su único fin es el socorro mutuo — contra incendios de edificios en Valencia — 1844 — FUNDADA EN

Los SEGUROS MUTUOS son una comunidad de propietarios unidos para indemnizarse unos á otros en caso de incendio. Esta forma de seguro es la más sencilla, la más barata y la más conveniente de todas. No explica el seguro como negocio, porque está fundada para el socorro mutuo entre los asegurados. Es gobernada, dirigida y administrada la Sociedad única y exclusivamente por los mismos asegurados. Si hay gastos, ellos se los pagan; si hay sobrantes, ellos se los conservan para cuando hagan falta.

Esta forma de seguro es la más sencilla, la más barata y la más conveniente de todas. No explica el seguro como negocio, porque está fundada para el socorro mutuo entre los asegurados. Es gobernada, dirigida y administrada la Sociedad única y exclusivamente por los mismos asegurados. Si hay gastos, ellos se los pagan; si hay sobrantes, ellos se los conservan para cuando hagan falta.

Subasta

Con intervención del corredor colegiado D. Carmelo Muñoz, calle de Santa Teresa, núm. 9, pral. (teléfono núm. 638) y precedente de carta testamentaria, se subastará y rematará, el día VEINTISEIS del actual, á las dos horas de la tarde, en la Casa Ayuntamiento de Detera, ante el notario de Liria D. Francisco Bosch, la finca siguiente:

En esta capital

Una casa situada en esta capital, calle de Burguenses, núm. 2 (junto á la iglesia de la Compañía), que se compone de casa baja con naya, escalera contigua, que dá acceso á un patio y tres habitaciones con porches; lindante: por derecha, casa D. Manuel Martínez; izquierda, con la plaza del Sagrario de la Compañía, y espaldas, con el convento que fué de esta Compañía. La titulación y pliego de condiciones están en poder del indicado notario, y el referido corredor dará más detalles.

SANTAL MIDY

DECONFIARSE DE LAS FALSIFICACIONES E IMITACIONES. Exigir la firma: *Santal Midy*. CURACION RADICAL y RAPIDA de los Fiejos Reumáticos ó Perisistencias. Cada caja de este Moderno remedio: MIDY. En todas las Farmacias.

L'IDEAL

Sombrillas y abanicos. No comprar sin visitar esta casa. San Vicens, n.º 2, chafitán.

Desinfectado con Creolina Vallés

Producto recomendado por todos los técnicos y utilizado en las grandes ciudades como insustituible, por su poder antiséptico, microbicida y desodorante. No es venenoso ni ataca los metales ni las ropas. De venta en las principales droguerías.

Fuera CANAS

Desaparecen con el uso del Agua Virginal Progresiva. No contiene nitrato de plata ni otra materia nociva. De venta en la farmacia de la Morera, plaza de las Barcas, esquina á la calle de Don Juan de Austria, Valencia. Precio del frasco, 3 ptas.

ANEMIA

Hémoglobina Deschiens. Todos los médicos reconocen que este hierro, vino de la Engrae CURA SIEMPRE. Es muy superior á la que se cruda á los ferruginosos, etc. De salud, fuerza.—P.º

ANEMIA

Hémoglobina Deschiens. Todos los médicos reconocen que este hierro, vino de la Engrae CURA SIEMPRE. Es muy superior á la que se cruda á los ferruginosos, etc. De salud, fuerza.—P.º

El secreto de la condesa

(PROHIBIDA LA REPRODUCCION)

(CONTINUACION)

—Por lo tanto—dijo el joven,—nos adelantaremos sin ruido hasta la entrada del cereado, cuya puerta ha sido derribada hace pocos días, según me ha dicho el aldeano.

Si logramos sorprender al centinela, y matarlo en un bayonetazo, todo marchará bien. Si somos descubiertos, no tendremos más que avanzar, y hacer cada uno de por sí cuanto pueda para defender su vida.

—¿Qué decis á esto, señor conde?

—Acepto vuestro plan—contestó Enrique de Nathón—pero pido el favor de ir en exploración solo.

—¡Solo! ¿Y por qué no todos á la vez?

—Tengo mi idea—dijo el conde;—y se puso en marcha, seguido de cerca por sus compañeros.

Unos cincuenta pasos le separaban solo del cereado, cuando uno de sus tiradores se cayó, haciendo crujir bajo el peso de su cuerpo la nieve escarchada.

Al mismo tiempo, la voz de un centinela se dejó oír preguntando en alemán: *Quin val!*

—Ofizier—contestó el conde en el mismo idioma.

III

Retrocedamos al día anterior, y veamos lo que pasaba en el palacio de Cusane, en donde se alojaba la condesa de Nathón con su hija, su prima la baronesa, y un número muy reducido de criados.

Las tres mujeres vivían en un sobresalto continuo, sobre todo, Berta, pues desde el principio de la guerra nada sabía de Armando. Los más negros presentimientos la asediaban; en vano la señora de Vergy trataba de combatirlos; á pesar suyo participaba de los mismos.

La condesa ignoraba que el señor de Nathón hubiese vuelto, y que se hallaba tan cerca de ella.

Las tropas alemanas ocupaban la aldea de Baumeles-Dames.

Bandadas de hulanos recorrían los alrededores como exploradores, exigiendo que se les diera *Wein, Fleisch, Brod et tabak*: lo que quiere decir: vino, carne, pan y tabaco.

Y después que se les entregaba lo que pedían, se marchaban como aves de rapaña.

Eran las diez de la noche.

La señora de Vergy, algo indispueta, se había retirado á su cuarto.

Berta y Herminia oraban en la estancia de la joven, pidiendo á Dios que velara sobre Enrique y Armando, y que tuviese piedad de la Francia. ¡Jamás oración más ferviente no subió al cielo! Pues la pobre Berta, de quien se alejaba la esperanza, estaba poseída de la más ardiente fé.

De repente se estremeció, levantándose visiblemente, y pálida, prestó atención. Rumor extraño se dejaba oír, roncós sonidos de trompa atronaban el espacio, luces vacilantes, semejantes á los reflejos de un lejano incendio, teñían de rojo las ventanas del palacio.

Al propio tiempo llamaban en la verja con extrema violencia.

Herminia abrazó cariñosamente á su madre, diciéndola:

—¿Qué significa todo eso? Tengo miedo.

—Tranquilízate, querida niña—dijo la condesa;—nada tenemos que temer. Somos mujeres: esto es nuestra salvaguardia.

Miró por una ventana de donde podía proceder todo ese ruido y claridad.

La plaza de la Iglesia, que se encontraba, como ya sabemos, delante del palacio, estaba cuajada de soldados. Gran parte de ellos, con bayonetas en las manos, esperando las órdenes de sus jefes. Estos, en número de tres, montados á caballo.

Un criado, poseído de terror, entró en la estancia.

Señora condesa—dijo con voz entrecortada—son los prusianos. Hay más de quinientos en el pueblo; hacen saltar las puertas de las casas. Quieren entrar aquí también. ¿Qué hay que hacer?

—Abrir las puertas—repuso la señora de Nathón.—Pues destruirían la verja del palacio, como destruyen las puertas de las chozas. Que entren. Pregúntales qué es lo que quieren; dáles todo lo que pidan, procurando evitar en lo posible el saqueo.

El criado obedeció, abrió la reja y se retiró.

Uno de los oficiales á caballo entró en el jardín, dio órdenes, y un pelotón de soldados, arma al brazo, formó corcón delante de la verja. Entonces el oficial bajó del caballo, y, seguido por cuatro soldados con bayonetas, se dirigió al vestibulo, traspasó las gradas, y dirigiéndose al criado que había abierto la reja, le dijo:

—Rogad á la señora condesa que me dispense el que la moleste; pero que tengo absoluta necesidad de hablar con ella; decidle que la espero aquí, á menos que prefiera recibirme en su cuarto, en cuyo caso tendré mucho gusto en seguirlos.

El criado transmitió á su señora la orden del oficial prusiano; pues, aunque dicho con formas corteses, su ruego era un orden.

—La condesa, estupefacta, exclamó:

—¿Qué me quiere ese hombre! ¿Por qué me llama mamá, querida mamá—balbuceó Herminia.—No irás sola, te acompañaré.

—¡Seal! ¡querida hija, ven! Y la señora de Nathón, vestida de luto riguroso lo mismo que su hija, bajaron al salón en donde las esperaba el oficial. Este, de pie, apoyado en el marco de la chimenea, con el casco debajo del brazo, esperaba á la condesa.

Cuando entraron la madre y la hija, éste las saludó con gran soltura, como persona acostumbrada á ello. Y, acercando los sillones á la chimenea, dijo:

—Permitidme, señora, que os presente de nuevo mis excusas por lo inoportuno de mis visitas; creed que no es mi la culpa, es...

—La señora de Nathón no le dejó concluir.

—Hábedme una entrevista inmediata... no me quedaba más remedio que ceder; aquí estoy... ¿Qué tenéis que decirme? Hablad, os escucho.

El oficial se inclinó sonriendo.

—He tenido el honor de acercaros sitiales.

—Permanecedmos en pie, caballero, diciéndoos por segunda vez que estoy esperando.

—El prusiano se inclinó por tercera vez.

—Yo con el mayor pesar—dijo—que la señora condesa de Nathón no quiere reconocermé.

—No os conozco.

—Error, señora condesa. He tenido el honor de haber sido presentado en vuestro hotel en París, y he hallado con vuestra preciosa hija en vuestra casa. Es verdad que entonces no le habia la barba larga como hoy. Soy el conde de Gaslein, ex-segundo secretario de la embajada de Prusia en París... ¿Me recordáis ahora, señora condesa?

—Poco importa que os conozca ó no!—repuso Berta con desdén.—Supongo que no habéis asaltado mi casa en medio de la noche

para invocar recuerdos que no tienen valor para mí. ¿Qué queréis? ¿Qué buscáis aquí?

—Busco al conde de Nathón—replicó el señor de Gaslein.

IV

Herminia no pudo contener una exclamación.

—Mi padre—murmuró.

—El conde de Nathón!—repuso Berta estupefacta.

—El en persona, señora condesa.

—Pero, caballero, ¿ignoráis sin duda que el conde está en el extranjero? Desde el principio de la guerra estoy sin noticias suyas. No conozco su residencia actual.

—El señor de Gaslein se sonrió.

—Entonces tendré el honor de deciros que sé yo en donde está.

—¿Vos, caballero!

—Sí, señora condesa. Decis que no sabéis en donde se halla el señor conde de Nathón... Yo no puedo poner vuestra admiración en duda; pero el conde está en Francia, en esta provincia, en un punto que os voy á decir.

—El señor de Gaslein se sonrió.

—Entonces tendré el honor de deciros que sé yo en donde está.

—¿Vos, caballero!

—Sí, señora condesa. Decis que no sabéis en donde se halla el señor conde de Nathón... Yo no puedo poner vuestra admiración en duda; pero el conde está en Francia, en esta provincia, en un punto que os voy á decir.

—¡Hablad claro, caballero!—respondió Berta.—¿Qué órdenes tenéis que cumplimentar?

—La de visitar todo el castillo y sus dependencias.

—¡Id, pues, caballero; contra la fuerza no hay resistencia. Id y visitad todo; espero, sin embargo, que respetaréis el dormitorio de mi hermana mía que está enferma, y tal vez esté descansando.

—Siento mucho, señora, no poderos complacer. Por cortés la visitaré yo mismo y podréis acompañarme. Lamento tener que llevar las cosas á ese extremo, pero no hay más remedio.

—No sé á qué viene esa severidad; la guerra ha concluido, somos vencidos. ¿Qué hace un prisionero más ó menos aunque éste sea el conde de Nathón?

—La guerra no ha concluido todavía, señora, porque no se ha firmado la paz, y hay fanáticos que se esconden para matar á nuestros soldados. Pero no buscamos al conde de Nathón para llevarlo prisionero, no, señora; es que queremos hacer un escarmiento con él.

—¿Un escarmiento?—replicó Berta, que sintió frío glacial correr por sus venas.

—Sí, señora. Cuando se sepa en la provincia que el señor de Nathón ha sido fusilado, todos se apresurarán á deponer las armas.

Herminia exhaló un débil gemido, y cayó casi desvanecida en un sillón.

La señora de Nathón se puso livida, vaciló, pero se repuso al punto, y encogiéndose de hombros, exclamó con soberano desdén:

—¿Os habéis figurado que semejante absurdo puede creerse? ¿Desde cuándo se fusila un prisionero en un país civilizado?

—¡Eh, señora, los franco-tiradores no son soldados.

—¿Qué son, pues?

—Asesinos, nada más. Todo el que se oculta para matar á un hombre comete un delito común, y debe sufrir el consiguiente castigo. Nosotros somos enemigos leales y generosos.

—¡Leales y generosos! ¡Dios justo! ¡Os atrevéis á hablar así delante de una francesa! ¡Hábedme olvidado Bazelles, en donde vuestros soldados empujaban á bayonetazos, dentro de las casas incendiadas, las mujeres, los niños y los ancianos!

—¡Son percarces de la guerra, señora! ¡Y los franceses predichos el asesinato; vuestros franco-tiradores, lo repito, son asesinos!

—¿Os atrevéis á llamar así á vuestros soldados cuando pueden para ayudar á vuestro país? ¿Os atrevéis á colocar su patrimonio á nivel de las más negras fechorías?

—¡Señora condesa, no hablo más de patriotismo! Ese existe en nuestra gloria heroica, en la mano, pero en Francia ¡ha muerto!

—¡Callaos, caballero, callaos!—exclamó la condesa fuera de sí.—¡Mentis diciéndoos que queréis hacer un escarmiento con él.

El señor de Gaslein se puso pálido, se mordió los labios, retorció las puntas de su sombrero, se paseó agitado por el salón, y luego, viniendo junto á la chimenea, llamó á la viuda de un hombre; hubieron contestado á un hombre con un tiro; á vos, señora condesa, se le dio el registro de vuestra casa.

—¡Hacedlo, caballero, callaos!—respondió Berta, tono glacial.

—¿Queréis que empecemos por el cuarto de vuestra amiga en donde debéis estar?

—Sí, señor; venid y os conduciré.

La señora de Vergy, sorprendida, preguntó: ¿Qué significaba aquello, pero la condesa le hizo señal de que callara.

El ex-segretario registró no encontrando cuanto habia que registrar. No encontrando nada que buscaba, las pesquisas duraron hasta las tres de la mañana, sin resultado alguno.

A esa hora el señor Gaslein volvió á la estancia.

—Señora condesa, vengo á despedirme de deciros que desearia hablar con vuestro hijo.

—No tengo intendente—contestó la condesa con soberano desdén.

—En ese caso, ¿á quién podría pedir que me permitiera empezar sin molestia el registro de vuestra casa?

—Y bien merecen nuestros soldados un premio, y bien merecen nuestros soldados un premio, y bien merecen nuestros soldados un premio.

La condesa llamó.

—Antonio—dijo,—poned á disposición del señor las bolegas.

—Señora condesa, tengo el honor de deciros adiós; y creed que deseo de todas formas encontrar al señor de Nathón.

—Y yo, os deseo que el señor de Nathón os encuentre.

(Se concluirá)

—¡Hablad claro, caballero!—respondió Berta.—¿Qué órdenes tenéis que cumplimentar?

—La de visitar todo el castillo y sus dependencias.

—¡Id, pues, caballero; contra la fuerza no hay resistencia. Id y visitad todo; espero, sin embargo, que respetaréis el dormitorio de mi hermana mía que está enferma, y tal vez esté descansando.

—Siento mucho, señora, no poderos complacer. Por cortés la visitaré yo mismo y podréis acompañarme. Lamento tener que llevar las cosas á ese extremo, pero no hay más remedio.

—No sé á qué viene esa severidad; la guerra ha concluido, somos vencidos. ¿Qué hace un prisionero más ó menos aunque éste sea el conde de Nathón?

—La guerra no ha concluido todavía, señora, porque no se ha firmado la paz, y hay fanáticos que se esconden para matar á nuestros soldados. Pero no buscamos al conde de Nathón para llevarlo prisionero, no, señora; es que queremos hacer un escarmiento con él.

—¿Un escarmiento?—replicó Berta, que sintió frío glacial correr por sus venas.

—Sí, señora. Cuando se sepa en la provincia que el señor de Nathón ha sido fusilado, todos se apresurarán á deponer las armas.

Herminia exhaló un débil gemido, y cayó casi desvanecida en un sillón.

La señora de Nathón se puso livida, vaciló, pero se repuso al punto, y encogiéndose de hombros, exclamó con soberano desdén:

—¿Os habéis figurado que semejante absurdo puede creerse? ¿Desde cuándo se fusila un prisionero en un país civilizado?

—¡Eh, señora, los franco-tiradores no son soldados.

—¿Qué son, pues?

—Asesinos, nada más. Todo el que se oculta para matar á un hombre comete un delito común, y debe sufrir el consiguiente castigo. Nosotros somos enemigos leales y generosos.

—¡Leales y generosos! ¡Dios justo! ¡Os atrevéis á hablar así delante de una francesa! ¡Hábedme olvidado Bazelles, en donde vuestros soldados empujaban á bayonetazos, dentro de las casas incendiadas, las mujeres, los niños y los ancianos!

—¡Son percarces de la guerra, señora! ¡Y los franceses predichos el asesinato; vuestros franco-tiradores, lo repito, son asesinos!

—¿Os atrevéis á llamar así á vuestros soldados cuando pueden para ayudar á vuestro país? ¿Os atrevéis á colocar su patrimonio á nivel de las más negras fechorías?

—¡Señora condesa, no hablo más de patriotismo! Ese existe en nuestra gloria heroica, en la mano, pero en Francia ¡ha muerto!

—¡Callaos, caballero, callaos!—exclamó la condesa fuera de sí.—¡Mentis diciéndoos que queréis hacer un escarmiento con él.

El señor de Gaslein se puso pálido, se mordió los labios, retorció las puntas de su sombrero, se paseó agitado por el salón, y luego, viniendo junto á la chimenea, llamó á la viuda de un hombre; hubieron contestado á un hombre con un tiro; á vos, señora condesa, se le dio el registro de vuestra casa.

—¡Hacedlo, caballero, callaos!—respondió Berta, tono glacial.

—¿Queréis que empecemos por el cuarto de vuestra amiga en donde debéis estar?

—Sí, señor; venid y os conduciré.

La señora de Vergy, sorprendida, preguntó: ¿Qué significaba aquello, pero la condesa le hizo señal de que callara.

El ex-segretario registró no encontrando cuanto habia que registrar. No encontrando nada que buscaba, las pesquisas duraron hasta las tres de la mañana, sin resultado alguno.

A esa hora el señor Gaslein volvió á la estancia.

—Señora condesa, vengo á despedirme de deciros que desearia hablar con vuestro hijo.

—No tengo intendente—contestó la condesa con soberano desdén.

—En ese caso, ¿á quién podría pedir que me permitiera empezar sin molestia el registro de vuestra casa?

—Y bien merecen nuestros soldados un premio, y bien merecen nuestros soldados un premio, y bien merecen nuestros soldados un premio.

La condesa llamó.

—Antonio—dijo,—poned á disposición del señor las bolegas.

—Señora condesa, tengo el honor de deciros adiós; y creed que deseo de todas formas encontrar al señor de Nathón.

—Y yo, os deseo que el señor de Nathón os encuentre.

(Se concluirá)